



*ALOCUCION DEL PRESIDENTE  
DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA  
D. Diego Martínez Barrio  
en el XXIV Aniversario del 14 de Abril de 1931*

ESPAÑOLES:

Os hablo con la misma voz alentadora de los últimos años. La acción maléfica del tiempo y el proceso agravado de nuestras desdichas, a pesar de su extraordinario volumen, están muy por bajo de la tenacidad con que venimos defendiendo los derechos escarnecidos de nuestro pueblo. Yo sé que a los vencedores circunstanciales y a los espectadores indiferentes hacen sonreír estas palabras. Dan por resuelto que son ecos apagados de un mundo desaparecido, sin posibilidades de resurrección. Olvidan, ciegos, una repetida enseñanza de la Historia, a la vez sanción y aviso, la del inevitable epílogo de las tiranías políticas condenadas, por su propia esencia, a liquidarse trágicamente.

Durante varios años la credulidad ajena y el deseo de los españoles han procurado que el régimen franquista cambiara su orientación sectaria y realizara la pacífica convivencia nacional. Todos los intentos han fracasado. Un Estado totalitario necesita sostener, implacable, la división del país entregado a su autoridad, y sustituir el derecho común por el particular del partido dirigente. Si abriera paso a la manifestación de la voluntad general correría el riesgo de que, siéndole adversa, tuviera que ceder el mundo a los representantes de otras doctrinas. Resueltamente el totalitarismo rechaza esta hipótesis, y los territorios y los pueblos, luego de conquistados y dominados, truecan su condición natural por la de sujetos pasivos, sometidos a permanente tutela. Desde ese momento la sociedad queda dividida en dos clases: una, la mayor, cuantitativa, y cualitativamente, que se convierte en yunque, y otra, la menor, más audaz y desaprensiva, ejerciendo de martillo. En nuestro caso, la experiencia, cumplida y confirmada, no deja lugar a ninguna cándida esperanza. Mientras no acabemos con la dictadura del general Franco, los españoles vivirán en la situación gregaria de un pueblo sin voz, sin aliento y sin alma.

Turbias combinaciones internacionales han coincidido últimamente en facilitar la consolidación del régimen fascista. Primero se le dió acceso a la UNESCO, cuyas finalidades culturales no tienen campo de trabajo en la España actual; luego se le ha auxiliado con préstamos y donativos que si no han elevado los niveles de vida del país, ni restaurado su economía, han servido para realzar a la persona que simboliza el régimen, y ahora se le ha otorgado la categoría de observador oficioso cerca de la ONU, a la expectativa de que una coyuntura propicia le abra las puertas de pleno derecho.

Es tanto más censurable esta conducta de los gobiernos occidentales cuanto que cada día multiplican sus pueblos las muestras de simpatía a los españoles proscritos y su adhesión a la causa de la libertad de España. En otro momento de la Historia podría decirse que los destinos del mundo habían pasado de las manos de unos varones prudentes a las de discípulos presuntuosos, ¡tal es el sorprendente espectáculo!, pero en las horas que vivimos todas las incongruencias, aun las más escandalosas, tienen utilidad como moneda en el maquiavelismo de la diplomacia.

Entre los escasos privilegios reservados a la vejez figura el de la libertad de expresión, sin otras limitaciones que las del respeto a la verdad y a las exigencias del propio decoro. Utilizando esa libertad, de normal ejercicio en un país libre, os hablo yo. El porvenir y las esperanzas de España se cifran en la juventud, tanto la que vive sobre el suelo patrio, como la peregrina lanzada violentamente al destierro. Día tras día se producen pruebas del reencuentro de las nuevas generaciones, a través y por encima de las fronteras físicas e ideológicas que las separan, y paralela a esa confluencia de propósitos la voluntad concreta de integrarse en una obra que satisfaga conjuntamente al español y al ciudadano del mundo, dos categorías no distintas sino complementarias. La España de 1955 difiere de la que se desangró en la guerra fratricida y no está vinculada, intelectual o moralmente, a sus gobernantes ocasionales. Cuando se ejercita el oído adviértese que el lenguaje de esta juventud tiene claves distintas al de las generaciones anteriores, y que el cambio de tono ha engendrado también uno de conducta con nuevas perspectivas para el espíritu.

El mundo pasa por un violento período de transformación y a esa regla no puede sustraerse España. La estructura de mañana se diferenciará mucho de la de ayer y de la de hoy, y otros principios políticos y sociales les servirán de base. Cerrar el camino a la marcha ascendente de la Historia valdría tanto como condenarse a la impotencia, y aunque nuestro pueblo haya vencido en distintas y patéticas ocasiones los asaltos de la desgracia, no le sería posible vivir fundamentalmente sobre su pasado. La obstinada resistencia a la evolución política y económica general le entregaría el penoso destino que el

régimen fascista ha iniciado ya, convertir la nación en una mera factoría colonial.

Mendaz, aunque hábil, la propaganda oficial cotiza los auxilios económicos concedidos a la dictadura del general Franco como homenajes de la política americana al genial estadista español, sin poner jamás el acento sobre las condiciones del auxilio y las obligaciones aceptadas por el Estado. Estas obligaciones son onerosas y contrarias a la política tradicional de España, que, hasta ahora, había logrado conservar y ejercitar los atributos de nación libre y soberana. ¿ Podrá hacerlo en lo futuro? Evidentemente, no. Las colonizaciones modernas revisten distinto aspecto que las de antaño, y más cuidadosas de las formas dejan unas apariencias de libertad a los pueblos colonizados. Pero en el fondo persiste el viejo sistema, basado en la ocupación estratégica y económica de los territorios y su mediatización espiritual.

Yo no he figurado nunca en la legión de los que estiman posible que nuestro país se sustraiga a las luchas de influencia que desgarran al mundo, mas he creído, y creo, que la división de la nación, la entrega como fácil presa al apetito ajeno, y que sólo la voluntad acorde y libre del pueblo puede conservarnos el rango de Estado soberano. España, gobernada por una dictadura, no es un interlocutor respetable. A lo sumo, por razones geográficas, un utilizable satélite. Ello es tan visible, que sería cruel remarcar los trazos. Los españoles conocen esta dura realidad porque la viven de cerca, y los que estamos lejos de España la sufrimos asimismo soportando las reacciones irónicas de la opinión extranjera cuando el gobierno franquista hace alardes de independencia. La verdad vergonzosa es que hemos descendido a la condición de parientes pobres, autorizados tan sólo a utilizar las escaleras de servicio.

¿ Puede un pueblo cargado de historia, que unió a la suya la del mundo, resignarse a tal servidumbre ? ¿ No es hora de borrar la mancha de oprobio, y, liberados de ella, concertar decorosamente las actividades de España con las de los Estados occidentales, nuestros hermanos? Son las generaciones nuevas las obligadas a rehacer el solar español y a construir sobre las piedras que ensangrentó la guerra el hogar nacional donde todos los españoles tengan cabida y la libertad asiento. Ninguna tarea es superior, o siquiera igual, a ésta. Los demás pueden esperar, desde las reivindicaciones políticas hasta las de carácter económico y social, porque una y otras exigen para cumplirse la liberación previa de la patria. Volveríamos a incurrir en los yerros de antaño si olvidáramos que el ejercicio de las acciones de liberación necesitarán territorio sobre que actuar y autoridad reconocida que ejerzan el arbitraje. Luego vendrán, eslabonados, los múltiples y graves problemas que habrán de resolver los gobernantes inmediatos. Necesario es recordar también que el rescate primordial deberá contar y

asistirse del concurso de todos los pueblos españoles. Cataluña como Castilla, Andalucía y Levante, como Galicia y el País Vasco. Toda España desde el Mediterráneo al Cantábrico, está obligada a prestar su esfuerzo por ineludible y cara comunidad de destino.

Antes de hacer punto final séame permitido una postrema apelación. Es viejo achaque de mi ánimo recaer en el tema. Quiero recordaros la necesidad de amar y defender a la libertad. « *La libertad, Sancho —decía nuestro señor Don Quijote—, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.* »

El 14 de abril de 1931 la libertad fué dueña y señora del destino español. Perdióse más tarde, entre traiciones y torpezas, y perdida sigue para desventura general y ludibrio de nuestra historia. Recobrar la libertad es un deber imperioso al que venimos convocados los españoles, altos y bajos, dentro y fuera de la Patria. No regateemos, pues, ni aplacemos el esfuerzo. Mi voz entera que habló ayer, habla hoy. A pesar de los duelos que han caído sobre nosotros procuro que no se debilite y lánzola con la firmeza de una convicción inalterable. Ninguna noche, sea cual fuera su lobreguez, puede impedir la puntual llegada de la aurora, ni la voluntad del tirano el fatal hundimiento de la tiranía. En la encrucijada de la Historia está aguardando, custodiada por la voluntad del pueblo, nuestra bandera. Saludadla como yo lo hago, y en comunión de lealtad lanzad los gritos de fe y esperanza:

¡ Viva España ! ¡ Viva la República !

DIEGO MARTINEZ BARRIO